

DIVULGANDO

UNA PLÁTICA CON SOPHIA

STEFANO SANTASILIA

stefano.santasilia@uaslp.mx

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES, UASLP



El sentido de las humanidades



Es un periodo duro para las humanidades, no podemos negarlo. Sin embargo, hay que preguntarse si se trata de un momento nuevo o de algo que ya se ha visto a lo largo de la historia de la organización cultural de las sociedades. Al dar respuesta a esta primera cuestión, será también posible conseguir otro dato fundamental, es decir, el porqué de estas dificultades. Entonces hay que empezar desde la primera cuestión: ¿por qué es un momento duro para las humanidades? para después pasar a la segunda: ¿es la primera vez que nos encontramos en un momento como este?

Vamos con orden. La “dureza” del momento deriva de la “baja” consideración que la perspectiva educativa reserva a las humanidades: la falta de un preciso objetivo en el ámbito de la producción económica ha generado la convicción de que las humanidades vivan “de” y “en” una vaguedad contraproducente (para la sociedad y para ellas mismas). ¿Para qué estudiar algo por años si luego no me proporciona las competencias para un trabajo específico? Es cierto que cualquier carrera de humanidades proporciona la capacidad para desempeñar diferentes profesiones, algunas de las cuales resultan ser también específicas. Sin embargo, lo que parece diferenciar las humanidades de las otras ciencias, es precisamente la falta de adquisición de conocimientos directamente aplicables en el ámbito de la producción de carácter económico (es decir, la producción industrial y el comercio).

Comprendido lo anterior, ya se puede tratar de dar una respuesta a la primera cuestión, y la respuesta es no, no se trata de un momento nuevo para las humanidades: dejando de lado las épocas que definimos como antiguas y medieval (en las cuales es posible registrar una orientación todavía condicionada por un sentido compartido de la existencia), todas las otras épocas que se han alternado en la historia de la humanidad han podido ver y vivir el enfrentamiento entre la perspectiva tecno-práctica y la posición humanista. Entonces, no se trata de una novedad sino de un volver, probablemente en una forma más “violenta” (cuestión, la del nivel de violencia, que merecería una atención que no podemos dedicarle en esta breve reflexión), de una acusación que la reflexión sobre el sentido de lo humano sufre desde su mismo nacimiento. Es decir, la de no producir nada útil con respecto al mercado, o sea al proceso de compraventa. Efectivamente, ¿qué produce el estudio de la literatura? Aparentemente un conocimiento que no puede ser empleado en ningún asunto práctico porque no me da instrucciones sobre cómo hacer funcionar dispositivos técnicos, sobre cómo construir algo. Sin embargo, se continúa a producir literatura; las personas continúan a leer libros. Hasta podríamos decir que, en realidad, el escritor de éxito logra producir algo que se coloca perfectamente en el mercado porque logra producir ganancias para él y para la editorial. Pero no todos los que estudian humanidades se transforman en escritores, y menos en escritores de éxito. No obstante, no podemos afirmar que sean fracasados.

Finalmente, llegamos a la segunda cuestión, vinculada con la primera: si no se trata de una novedad porque ya se ha dado, aunque en forma diferente, a lo largo de la historia de la humanidad ¿cuál es la dificultad causante de que las humanidades vivan continuamente bajo “presión”? Para entenderlo basta con reflexionar sobre el sentido mismo de las humanidades, algo que queda sugerido ya por el mismo nombre: humanidades viene de humanidad, que deriva de humano. La humanidades se dedican a lo humano, pero también hay otras ciencias que se dedican a ello, como la medicina, la psicología, entre otras. La diferencia es que las investigaciones que se adscriben al campo de las humanidades tratan de lidiar precisamente con lo que diferencia lo humano de lo que no lo es, es decir, su lado incommensurable.

Las humanidades tratan de investigar a través de un discurso que no reduce a números, a estadísticas o a fórmulas sin color, aquella parte de la vida que —a pesar de no poder ser capturada por una clasificación definitiva o de ser traducida en una ecuación—, sigue manteniendo una fuerza capaz de generar sentido y acción. Literatura (en sus formas más diferentes), historia, filosofía, no son ciencias en el sentido que acordamos al término en su uso más corriente; no pueden presentar resultados siempre estables y no constituyen un conocimiento que hace referencia a un solo método. Sin embargo, siguen produciendo comprensión y deleite: la primera no se identifica con el mero conocimiento sino con la capacidad de usar los conocimientos según un preciso sentido; el segundo, a pesar de haber sido considerado —demasiadas veces y con profundo error— ajeno al conocimiento, es en cambio precisamente lo que mueve cada tensión de saber porque cada búsqueda de conocimiento está atravesada por el placer de la comprensión (como ya Platón declaraba al afirmar que el conocimiento es hijo de eros).

Entonces, el sentido de las humanidades se encuentra precisamente en estas dos dimensiones (comprensión y deleite) que constituyen también la base de toda ciencia (dura o blanda que sea). Podemos afirmar que, por esta misma razón, se trata de algo que no tiene un profundo valor en la vida, y es cierto a pacto de que la vida quede reducida a su nivel meramente funcional. Sin embargo, antes de dejar de reflexionar en estas cosas, tendríamos que preguntarnos por qué un lindo paisaje puede fascinarnos hasta la conmoción, probablemente porque la vida, en su raíz más profunda, no es funcional sino bella. **UP**

